

.....
Aitana
.....

Flor de Loto:

La amnesia causada por la flor de loto es algo que mucha gente desea: la posibilidad de empezar de nuevo, volver a nacer y borrar el pasado.

El silencio del caserón se interrumpe por unos pasos que se acercan. Los descubre la madera antigua, que cruje cada vez con más fuerza, mientras esos pasos, señal de que algo malo se acerca, se aproximan lenta y angustiosamente, hasta que levanto la mirada y los tengo irremediabilmente ante mí.

Son dos. Él es alto, grande, unos 35 años bien llevados, pero delatados por las ineludibles canas y las entradas. Ella es rubia, pequeña, pero con buen cuerpo, quizás unos 30. Y ambos son una más de esas parejas empalagosas que tanto detesto tener que soportar mientras trabajo. Una de esas que se leen la mente solo con mirarse, de los que no paran de tocarse, de los que sonríen incluso cuando parece que uno no tenga motivos para sonreír. Una de esas parejas. Suspiro mientras preparo el papeleo de la reserva de su habitación. En realidad, no sé por qué me sienta mal que tonteen delante de mí. Veo muchas parejas venir a la recepción de la casa rural aguantándose las ganas de llegar a su habitación para hacer el amor como locos, mientras yo soy un momentáneo estorbo en sus vidas que se limita a pedir su documentación.

Me giro para escanear sus DNI, el escáner es lo más moderno que tenemos aquí. Los dueños de la casa rural se toman en serio la decoración, y hasta el mostrador de madera desprende olor a viejo. Aunque apenas entra luz

por el ventanuco de piedra, los rayos iluminan lo suficiente las vasijas de barro y los accesorios de cocina de cobre. Mi jefa presume de que todo es herencia familiar, pero yo sé de buena tinta que lo compró en un rastrillo, aunque nadie se dé cuenta del artificio. Les devuelvo los DNI a la parejita, que en mi descuido, estaban de nuevo haciéndose arrumacos, y que al girarme, pegan un respingo. Sinceramente, estas no son las parejas que más odio. Casi llevo peor las parejas mayores, las que vienen a celebrar aniversarios, bodas de madera, de bronce, de plata... Porque si con las primeras puedo pensar que es el fervor del primer momento, y que quizás después desaparezca, con las segundas sé que si siguen viniendo a un hotel romántico en las fechas especiales es porque tienen algo que vale la pena. Aunque esta idea me la estropea el tercer tipo de pareja: los amantes, los que sabes que se encuentran aquí de cuando en cuando y que al entrar se meten en el bolsillo el anillo de casados. Cuando una se pasa horas en el mostrador de la recepción de un hotel, se aburre mucho y se vuelve observadora, incluso de hasta esos pequeños detalles de los que ni siquiera uno mismo es consciente.

La pareja empalagosa se coge de la mano y sube entre risas a su habitación, y sin poder evitarlo vuelvo a mirar otra vez el reloj. Reviso de nuevo las reservas hasta que escucho los pasos de mi compañera acercándose a la recepción. Ya reconozco hasta su sonido al caminar; me recuerda a las películas, cuando el preso escucha unos pasos desde su celda, y sabe que lo que llega es la libertad. Le doy el parte lo más rápido que puedo, y me meto en el baño a acicalarme un poco. Por la ventana puedo ver que el sol está justo a punto a ponerse. Es como lo había planeado, es perfecto. En cuanto salgo por la puerta del hotel, Javier ya está esperándome.

Me acerco con una sonrisa, le doy un suave beso en los labios y me paro a observarlo. Javier viste mucho mejor desde que sale conmigo. De hecho antes iba algo, como decirlo, pueblerino, y se notaba que necesitaba una influencia femenina. Javier no es ni guapo ni feo. Es de ese tipo de chicos que no te producen ni frío ni calor, pero que de buenos e insistentes, una acaba por dejarse querer, y al final, le coges cariño. Todo el mundo en el pueblo me dice que Javier es un gran partido. Es trabajador, atento, y de gustos sencillos. No le gusta lucirse ni es derrochador. Lo cierto es que siempre está cuando le necesitas, porque en realidad, la vida con él fluye sin sobresaltos, sabiendo que puedes contar con él por el simple motivo de que siempre va a estar exactamente en el mismo sitio.

—Te invito a cenar esta noche, ¿te apetece? —Su voz grave me pilló desprevenida—. Podemos ir a tomar unas raciones, o podemos ir al bar Díaz, seguro que estos aún andan por allí, y lo mismo les apetece hacer algo.

—¿Al bar? De eso nada, hemos quedado a esta hora porque ya tenía otros planes. —Odio el bar, odio a estos, y odio profundamente las raciones grasientas, pero es una de esas cosas que nunca cuentas a nadie y que siempre aceptas con una sonrisa, solo por encajar, solo por parecer uno más de esa gente que en el fondo ni siquiera te gusta.

—¿Y dónde vamos?

—A dar un paseo por el río. —Antes de que Javier quiera hacer algún intento de réplica le cojo de la mano, y me dirijo a uno de esos caminos ya conocidos.

Me he acostumbrado a no llevar zapatos bonitos, y es que por estos caminos si no llevas deportivas, lo más seguro es que te tuerzas un tobillo con alguna de las piedras que se ponen en tu camino. Es una de esas cosas que una aprende, que hay caminos para los que es mejor ir preparada. En cuanto nos vamos acercando se puede es-

cuchar como el corretear del agua rompe nuestro incómodo silencio, y pronto se vislumbra el río, bañado por los colores anaranjados del atardecer. Me di mi primer beso en las piedras de la poza de ese río, y quizás por eso lo recuerdo siempre como un lugar especialmente romántico. Aunque también erótico, y es que mis primeros pinitos sexuales, aquellos de los de «tocarse por fuera» y buscar el roce como si no hubiera un mañana, también surgieron con la melodía del agua corriendo como banda sonora. Por eso he elegido este lugar, porque es perfecto. Porque necesito que sea perfecto.

Nos disponemos a bajar, mientras Javier narra alguna anécdota del trabajo, pero yo solo asiento, tengo la mente en otras cosas. Nos sentamos dónde sé que hay mejores vistas del atardecer, me acurruco entre sus piernas, echo mi cabeza hacia atrás para apoyarme en su cuello y susurro en un suspiro, buscando ese instante de perfecta felicidad.

—¿No es precioso?

Javier apenas me da tregua, su boca en seguida se lanza contra la mía. Pero ni el sonido del río, ni los pájaros, ni el precioso atardecer consiguen que sus besos sean algo más que un intento de pasión torpe, que acaba por parecerme insípido y casi desagradable. Pero le sigo, y parece que soy convincente, porque no solo activo su lengua, sino también sus manos. Aplastan mis pechos, no con mucho cuidado, y cuando me quiero dar cuenta, ya no estamos viendo el precioso atardecer que había planeado, sino que estamos tumbados sobre la hierba, mientras el cuerpo de Javier invade en todo lo posible el mío. Pese a ello, todo mi ser, cada fibra de mí, permanece fría, inarticulada. Es decir, que me quedo tiesa como una tabla, lo que me suele pasar siempre. Mi cuerpo es asexual, y por más que le doy incentivos románticos, no

consigo despertarlo de su letargo. Una vez más, Javier se da cuenta, y acaba por desistir de su intento. No es un hombre al que le motiven los retos.

—Si quieres aún podemos ir a cenar...

—Javi, yo... —Tengo unas ganas increíbles de llorar, pero no sé porqué nunca lloro. Había pensado que una tarde romántica podría ayudarnos, pero está claro que no hay truco que sea capaz de crear magia entre lo nuestro. Entonces lo tengo claro. Sé que si no lo hago ahora, lo dejaré correr, y volveré al mismo punto una y otra vez. Sé lo que tengo que decir, pero no encuentro las palabras para decirlo, simplemente le miro, suplicante, y por primera vez desde que nos conocemos, conectamos.

—Por favor, no lo digas... Lo sé, lo sabemos, pero simplemente no lo digas. —Javier me abraza, como intentando ahuyentar el frío, y nos quedamos allí, mirando como el sol termina de ponerse, hasta que el frío y la oscuridad empiezan a ocuparlo todo—. Será mejor que te acompañe a casa.

Cuando llegamos a la puerta, me pongo de puntillas y le doy un beso en su mejilla recién afeitada. Entro en mi casa, y cierro la puerta, pero no soy capaz de mirar atrás, quizás, porque ya no hay nada que ver.

—¿Aitana? ¿Ya estás en casa? —La voz de mi madre resuena por la sala, como si te siguiera allá dónde te encontraras.

—¡Sí, mamá! —Sigo el rastro sonoro de su presencia hasta encontrarla en la cocina, subida a una banqueta—. ¿Pero qué haces? ¿No ves que puedes caerte? ¿Es que no puedo ni salir un rato de casa?

—¡Por el amor de Dios hija! Ya te he dicho mil veces que ya estoy mucho mejor, de verdad que puedo cuidar de mí misma, y de verdad que puedo subir yo sola a por las latas de atún para preparar la cena.

—Pero...

—¡Pero nada, Aitana! Sé que has tenido que estar muy pendiente de mí, pero ya está bien. —Se baja de la escalera y se pone a abrir las latas dando por zanjada la discusión—. Y a todo esto, ¿qué haces ya en casa? ¿No cenabas esta noche con Javier?

—Ya... Pero al final no. —Entonces, con ese sexto sentido que solo una madre tiene, me escudriña con la mirada, frunce el ceño y comienza a negar con la cabeza.

—Hija, a este paso te quedas para vestir santos.

—¡Mamá! —Y en una sola palabra resumo toda la frustración acumulada en años por no tener una de esas madres que siempre tiene una palabra de consuelo.

—Ya vas teniendo una edad y...

—Eso, ¡arréglalo! Tengo veintiocho, y vale, tú con esa edad ya me tenías a mí y todo eso, pero la vida cambia, ya no es lo mismo. Aunque en este pueblo nadie parezca entenderlo.

—Puede que algunas cosas sí, pero lo básico sigue siendo lo mismo. Lo que quiero decir es que ya no tienes que preocuparte por mí, y va siendo hora de que te preocupes por ti, estoy segura de que el hombre de tu vida tiene que estar al llegar, y cuando lo haga, tienes que agarrarlo con todas tus fuerzas, y no dejarlo marchar, como haces con todo lo demás. —Suspiro, y me dirijo a por los cubiertos para poner la mesa. Llevo media vida escuchando la misma historia, y a veces me pregunto si mi madre sigue pensando que el amor es para toda la vida, simplemente porque mi padre murió, o porque en el fondo aún existe ese tipo de amor. Si de verdad es cierto y no solo una ilusión. Justo cuando voy a dirigirme al salón, mi madre vuelve a interrumpirme—. ¡Ais por cierto! Te llamo esa amiga tuya, ¿Dalila?

—Delia, mamá. Delia —Según pronuncio su nombre,

me siento culpable, con tanto lío es cierto que hace mucho que no las llamo—. ¿Y qué te ha dicho? ¿Te ha dejado algún recado?

Que la llamas, que era importante, pero no me ha dicho de qué se trataba, solo que prefería hablarlo contigo directamente.

Delia no es de las que dice «importante» a la ligera. Si fuera Luci, el importante podría traducirse en que su perfecto marido y ella han comprado una vajilla nueva, pero cuando es Delia la que llama con una urgencia, es que lo es de verdad. Por eso, me pongo de los nervios a cada pitido que suena al otro lado del altavoz hasta que esa voz tan conocida responde. Cuando me da la noticia, me siento, y vuelvo a sentirme aún más culpable. He estado tan ocupada con mi madre, el trabajo, Javier, y todo lo demás, que no me he ocupado de las chicas, de mis chicas. Aquellas que no hace tanto eran realmente mi todo, mi familia. Con la angustia abrazándome el pecho cuelgo el teléfono y me quedo un momento parada, mirando a la nada, hasta que reacciono. Inmediatamente subo a mi cuarto y preparo la maleta, tengo que coger el primer autobús que me lleve a Madrid.

* * *

Todo ha pasado ya. De una forma en la que nunca pensé que lo haría, vuelvo a cruzar una vez más ese umbral. Es muy difícil definir la sensación que me embarga al entrar de nuevo en el piso, pero si tuviera que quedarme con una palabra, sería la de calor. Y no me refiero al calor de cuando llega el buen tiempo a la capital, sino a ese calor que solo se siente en aquella casa que consideras tu hogar. Han pasado muchos años, y sin embargo, el suelo que piso es el mismo, las paredes siguen teniendo un color lila, y los cojines de ganchillo de mi madre siguen

adornando el sofá que Lucía y yo compramos en Ikea, mientras que el mueble de mercadillo por el que tanto luchó Delia sigue conteniendo casi los mismos libros, los mismos objetos tontos y horribles que recuerdan vacaciones en la playa. Sigue siendo nuestro piso de estudiantes. Pero aunque el continente no haya cambiado, sí lo ha hecho el contenido. Porque esta es la primera vez que todas vestimos de un mismo color, el negro, y en vez de escuchar las risas o los gritos, o incluso los gemidos perdidos en la noche, hay un silencio sordo, solo interrumpido por los tímidos sollozos de Lucía, que parece una estatua en el sillón, aferrada a la urna, también negra, que contiene las cenizas de su marido, y con la mirada recorriendo obsesivamente el cristal de la terraza, como quien busca algo que ha perdido. La observo, si es posible, la tristeza la hace aún más bella. Con su pelo largo y rubio, sus ojos oscuros, sus labios gruesos abiertos en un sollozo sordo, y ese lunar de la mejilla, humedecido y brillante por las lágrimas. La miro y veo una mujer, ya no a la chiquilla alocada que siempre se tomaba la vida como si fuera una comedia. Veo a una mujer rota, algo que pensé que nunca vería en Lucía.

—¿Preparo un café? Ha sido un día largo... —Delia se pone a rebuscar en los armarios de la cocina, y para mi sorpresa saca tres tazas, una rosa, una verde y una azul. Las que fueron nuestras tres tazas del desayuno de toda la vida. No me puedo creer que aún las conserve.

Como no sé qué otra cosa hacer, me pongo a dar vueltas por el salón a echar un vistazo. Parece que no haya pasado el tiempo, incluso están colocadas las mismas fotografías en las estanterías. En la mayoría de las fotos salimos Delia y yo solas, haciendo alguna escapada, en la Granja de Segovia, en el Alcázar de Toledo, en el monasterio de El Escorial, montando juntas a caballo, en piragua... Delia

y yo solíamos hacerlo todo juntas, y si bien no teníamos tanto dinero como Lucía, cuya madre corría con todos los gastos de sus viajes a Malta, disfrutábamos mucho de cada una de esas excursiones. Lucía, sin embargo, aparece más en las fotos de fiesta. Me río por dentro al verla con esas pintas de hippie cuando salía con el greñas ese que conoció en Ibiza, o con las mechas rosas y azules cuando tuvo un novio *punk*. Con faldas de tuvo ajustadas cuando salía con el chico de ADE, con gafas de pasta cuando salía con el cineasta, con pantalón de chándal cuando tuvo un rollo con un repartidor de *pizzas*, y finalmente, de chica culta y refinada, cuando acabó siendo el punto de mira de toda la facultad al convertirse en la amante de nuestro profesor de Márketing Turístico. Cabe decir que yo nunca le vi futuro a su relación, ni siquiera cuando él dejó a su mujer, ni cuando se marcharon a vivir juntos a Barcelona, y ni tan siquiera el día de la boda. Pero ahora, años después de todas aquellas fotografías, observo a la Lucía del presente, y me doy cuenta de que en aquella ocasión no fue una pose, de que fue auténtico, y me da por preguntarme si siempre me he quedado con las múltiples poses de Lucía, o si de verdad llegué a conocerla.

Mi vista salta ahora a Delia, que conservando su calma y paciencia habitual, incluso en momentos como estos, prepara nuestros cafés. Me gusta su nuevo corte de pelo, antes solía llevarlo largo y salvaje, ahora sin embargo lleva un corte moderno, de esos que son más corto de un lado que del otro, y con un alisado impecable. De alguna manera le realza los ojos azules. Generalmente la gente con ojos azules me transmite serenidad. Es como si llevase una tarde de playa en sus ojos, y a través de ellos se pudiera ver ese horizonte infinito. Quizás tenga que ver, más que con el color de sus ojos, con su forma de mirar. Al contrario que Lucía, Delia nunca tuvo pose de nada, y

quizás por eso siempre ha resultado ser más enigmática. Hemos sido compañeras de piso, de mesa, de risas, y aún no consigo saber qué piensa cuando nos mira. Solo puedo sentir el cariño inmenso de su mirada, esa sensación de protección maternal que he tenido siempre con ella, y que ahora veo en sus ojos cuando observa preocupada a Lucía. Porque Delia siempre se ha preocupado por nosotras más que por sí misma, y si algo he de admitir, es que nosotras nunca hemos sabido corresponderle de la misma manera. Entonces caigo en un detalle que no he tenido en cuenta hasta ahora. Me acerco a ayudarla con las tazas y le susurro por lo bajo.

—¿Y Ángel?

—¿Qué pasa con Ángel? —contesta Delia como si tal cosa.

—Que por qué no está en casa, ¿o es que le has avisado para que nos dejase solas hoy?

—Ángel no vive aquí.

Vuelvo a mirar el salón. Es cierto que no hay cosas de hombre por la casa, y apenas hay fotos tuyas o algún otro recuerdo que yo no haya reconocido como nuestro.

—¿Habéis roto? —digo en un tono de voz demasiado alto.

—No, no, no es eso. Solo que cada uno vive en su casa. Es más sencillo.

—Pero sí ya lleváis más de tres años, ¿no? —Vuelvo a sentirme culpable al darme cuenta de que, en realidad, tampoco sé nada sobre el hombre más importante que ha habido en la vida de mi mejor amiga.

—Sí, pero lo llevamos bien así. Él en su espacio y yo en el mío, lo decidimos hace tiempo cuando... —Las palabras de Delia se ven interrumpidas por el llanto de Lucía. Ambas dejamos todo lo que tenemos entre manos y nos lanzamos a acunarla, incapaces de calmar ese ataque la-

grimoso, entre desgarrado y nervioso, que suena a una herida profunda, que me recuerda a las largas noches en vela escuchando a mi madre cuando era pequeña—. Ya está cariño, eso es, échalo todo... No pasa nada, estarás bien, todo saldrá bien...

—Es que... —Lucía intenta hablar entre balbuceos—, cuando has dicho eso me he dado cuenta Delia. Julio era todo mi espacio...

Delia y yo nos miramos cómplices, nos abrazamos a Lucía y le acariciamos el pelo hasta que logra calmarse, mientras el café se queda frío en la encimera de la cocina.

Me despierta el sonido de un gato callejero, abro los ojos, y por un momento me siento desorientada en mitad de la oscuridad. Miro a mi alrededor hasta que soy consciente de que estoy en Madrid, y de que me he quedado dormida en el sofá abrazada a las chicas, como aquellas largas noches en las que Lucía tenía mal de amores. Pienso en levantarme e irme a la cama, pero finalmente me recoloco y vuelvo a encontrar la postura. El sueño vuelve a alcanzarme mientras me planteo lo extrañas que son a veces las cosas.

El siguiente sonido que me despierta es el de un huevo batiéndose. Antes de volver a abrir los ojos puedo adivinar por el olor que viene de la cocina, tras la barra americana, que es Delia preparando tortitas para desayunar. Aunque se entremezcla otro olor a quemado que también me es conocido, y en seguida identifico el olor a pelo quemado proveniente del cuarto de baño, donde Lucía debe estar encerrada con la plancha, casi una extensión de su brazo derecho. Despego los párpados poco a poco, y la imagen que estaba en mi cabeza, se confirma cuando me veo sola durmiendo en el sofá. Por un momento pienso que estoy soñando y he retrocedido en el

tiempo, hasta cualquier domingo de cinco años atrás, cuando siempre era la última en levantarme. Pero cuando me incorporo y noto dolorido todo el cuerpo, sé que los años han pasado, y desde luego, no en balde.

La otra diferencia es que Lucía solía tirarse un tiempo indefinible en el baño cada mañana, pero esta vez sale en seguida. Tiene mejor aspecto, pero sigue teniendo la mirada perdida. La abrazo por detrás, lo suficientemente rápido como para no incomodarla, y entro corriendo al lavabo antes de que mi vejiga, desacostumbrada ahora a compartir piso, explote.

Cuando salgo me las encuentro a ambas sentadas en nuestra mesa cuadrada, ideal para desayunos, comidas y cenas, mantel de cuadros mediante, esperándome con el mejor analgésico que se ha inventado para el corazón, la Nutella. Antes de que Lucía tenga tiempo de volver a sentarse en el sofá a abrazarse a la urna funeraria, Delia intenta crear normalidad en la situación, y me intenta dar conversación

—¿Qué tal está tu madre?

—Mejor, mucho mejor. No sé si para bien o para mal ya se apaña sin mí. Ha sido duro, pero creo que lo peor ha pasado.

—Me alegro cariño, os lo merecéis.

—La verdad es que me ha alegrado mucho venir a Madrid y veros. —Miro a Lucía, y pienso en si he metido la pata, dada la situación, y sin embargo, reacciona y abre la boca por primera vez en la mañana.

—A mí también. No sabía cuánto os echaba de menos hasta que he vuelto a este piso. Está todo tal cual...

—¿Verdad? ¡Yo he tenido la misma sensación! Esta mañana cuando me he levantado era como si no hubiera pasado el tiempo. Delia preparando el desayuno, tú encerrada en el baño, yo aún dormida...

—Sí, por lo visto hay cosas que nunca cambian. —A Delia se le escapa una sonrisa de la boca.

—¿Y por qué has conservado las cosas como estaban? —le insisto aprovechando que ha sacado el tema

—¡Porque yo también os echaba de menos, mis gordas! —Delia nos coge a cada una del hombro y en seguida volvemos a darnos uno de nuestros «abrazos colectivos».

—Ojalá pudiera ser todo como antes... —Lucía se aparta y vuelve a poner esa mirada perdida.

—¡Qué tiempos verdad! Nos ahogábamos en una gota de agua, y en realidad todo era tan fácil... Daría lo que fuera por hacer que retrocediese el reloj, que las hojas volvieran a ocupar su sitio en el calendario.

—¿Es qué te sientes mayor? —me inquiera Delia mientras mastica su tortita, dejando claro que ella no.

—No, bueno, también, pero es que en el pueblo es todo tan diferente, y sobre todo tan rutinario... Ha sido venir a Madrid y volver a respirar, no sé, ¿la libertad? Creo que mis años aquí, con vosotras, han sido los más felices. Bueno, ¡al menos hasta ahora!

—Sí, realmente fuimos felices en este piso, ¿verdad? —Tras las palabras de Lucía, las tres nos quedamos calladas, absorbidas por una silenciosa melancolía, como si estuviéramos viendo la misma película de nuestra vida, hasta que la exclamación de Delia nos saca de nuestra ensoñación compartida.

—¿Y por qué no volvéis a Madrid? ¡Las dos! —Antes de que respondamos con excusas, Delia se anticipa a nuestras respuestas—. Pensadlo, sería una idea genial. Lucía, tú tienes que ir a alguna parte mientras se vende vuestra casa en Barcelona, y dudo que quieras quedarte allí con tus odiosos suegros, y Aitana, tu madre está mejor.

—Sí, pero...

—Odias el trabajo en la recepción de la casa rural, me

has dicho mil veces que necesitabas un cambio. Precisamente estuve hablando el otro día con Rocío, ¿os acordáis de Rocío?

—¿Rocío? —responde Lucía totalmente desubicada.

—Sí, mujer, Rocío, de la universidad, esa morenita de pelo rizado que siempre se sentaba atrás y se quedaba dormida. Bueno, da igual, que hablamos el otro día por Facebook, porque va a dejar su trabajo en una agencia de viajes, y busca a alguien que la sustituya. Le dije que yo había desistido de buscar algo de lo nuestro y me había embarcado en el negocio de la tienda, claro.

—¿Y a qué viene eso? —Una vez más, sigo sin descifrar los pensamientos de Delia.

—Pues que te podría colocar a ti. Y os venís aquí las dos, conmigo. De nuevo las tres. Mis padres algún día se jubilarán, volverán a Madrid, y reclamarán el piso, ¿qué mejor despedida que volver a reunirnos, terminar como empezamos?

—¿Lo dices de verdad? ¿No te importaría que nos quedásemos aquí una temporada? —La mirada de Lucía vuelve a llenarse de sentimiento, y si tuviera que adivinar de cuál, diría que de esperanza.

—¡Claro que sí! ¡Me encantaría! Nos divertiríamos las tres, como siempre.

No puedo contenerme y me lanzo a abrazar a Delia, y sin darme cuenta, estoy llorando como una tonta. Volver a vivir juntas las tres. Volver a Madrid. No podría haber mejor noticia.

* * *

Lucía no se siente con fuerzas para volver a recoger sus cosas a Barcelona, así que ha mandado a la asistenta que meta todo lo que viese en su armario en una maleta y lo envíe a Madrid. Yo he tenido que volver al pueblo a ha-

blar con mi madre, pero pese a lo que me temía, se alegra más que se entristece de que vuelva a la capital con mis amigas, está segura de que me sentará bien. Es extraño que de una noticia tan triste, pueda salir otra tan feliz, al menos para mí, pero supongo que la vida es así, siempre hay luces en las sombras si hacemos el esfuerzo de verlas. O al menos, eso es lo que yo veo cuando observo nuestras maletas en el salón, un nuevo motivo para sonreír.

Mientras Delia acopla las habitaciones, me ofrezco a bajar a por unas *pizzas*, pero cuando abro la puerta, me encuentro una caja, con una flor blanca, como japonesa, en nuestro felpudo. La cojo extrañada, pensando que quizás sea para Lucía, pero en la tarjeta solo viene un nombre, mi nombre. Me quedo pensativa, al final deduzco que debe ser de mi madre, o de alguna de las chicas, la dejo en el aparador de la entrada, y bajo a la calle con una sonrisa imposible de borrar en la cara.